

ribunt."¹ Introducida por el pecado, esta ley fatal pesa sobre nuestro desgraciado globo, y mata y destruye cuanto toca. Dádole ha sido al hombre provocar la vida, pero es impotente para salvarla de la muerte. Todo lo que nace, muere: la escena del mundo cambia sin cesar: los individuos, las familias, los imperios perecen y desaparecen; los monumentos de las artes, las artes mismas, los idiomas, las instituciones, las religiones sufren la misma suerte: la muerte les espera con la boca abierta y los devora alternativamente. La cruz tenia que ser necesariamente objeto de los ataques del cruel tirano que desola la tierra. "Jesucristo, dice San Pablo, debe reinar hasta que Dios haya puesto á todos sus enemigos bajo de sus piés; y la muerte será el último enemigo que será destruido."² Al mismo tiempo, canta con transporte la destruccion del poder odioso, bajo el cual ha gemido despues de su caída nuestra raza infortunada: "¡Oh muerte! esclama, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿qué ha venido á ser de tu aguijon?" Así, pues, la cruz no solo debia estar espuesta á los golpes de la muerte, sino que aun desafiándola irónicamente, prediciéndole una derrota cierta, provocaba mas su furor. ¿No presumia demasiado de sus fuerzas, no se entregaba á las vanas jactancias de un orgullo insensato, cuando ya al punto de medirse con un adversario que hasta entonces habia abatido todo, se lisonjeaba de reducirle y anonadarle para siempre? La muerte va sin duda á reunir todos sus dardos, va á llamar á todos sus auxiliares, á preparar, en fin, todos sus medios para contestar valientemente al terrible reto que la amenaza.

Hemos ya colocado en batalla á los enemigos de la cruz: ellos avanzan llenos de resolucion; el combate va á comenzar; combate encarnizado, en que ha de decidirse en las formidables regiones de lo finito y de lo infinito, de la suerte de la humanidad. ¿Quién podrá asistir con indiferencia á es-

¹ Arte poética.

² 1ª Corint., cap. 15.

te inmenso drama? Espectadores de la lucha nosotros, somos asimismo actores interesados; porque la victoria, puede ser nuestra victoria, y la derrota nuestra derrota. ¿Quiénes serán los vencedores? ¿quiénes serán los vencidos?... ¡Terrible alternativa! Si la cruz sucumbe, el error y la corrupcion, Satanás y la muerte afianzarán su reinado. Si la cruz triunfa, con ella triunfarán la verdad y la virtud, Jesucristo y la vida. ¡Profeta! calma nuestra ansiedad mortal, disipa nuestros temores, dínos, ¿quién reinará?

"¡Armaos de vuestra espada, oh el mas poderoso de los Reyes! Revestios de vuestro esplendor y de vuestra gloria, y en vuestra majestad marchad á la victoria. Subid al carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y vuestra diestra se distinguirá por las maravillas. Vuestras flechas son ardientes; los pueblos caerán á vuestros piés; ellas penetrarán en el corazon de los enemigos de mi Rey. Vuestro trono, ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio."¹

CAPITULO XVIII.

Las primeras conquistas de la Cruz.

Antes de dejar la tierra, Jesucristo habia recomendado á sus discípulos el no salir de Jerusalem para marchar á la conquista del mundo antes de haber recibido el cumplimiento de las promesas del Padre. "Vosotros recibiréis, les dijo, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me rendiréis testimonio *en Jerusalem, en toda la Judea y hasta en las estremidades de la tierra.*" Fieles á estas instruc-

¹ Salmo 44.

ciones, los apóstoles volvieron á Jerusalem, y entrando en una casa subieron á una habitacion alta, donde permanecieron Pedro, Juan, Santiago, Andres y los otros discípulos que perseveraban en el mismo espíritu, entregados á la oracion con María la Madre de Jesus. Como la defeccion de Judas habia dejado un vacío en el apostolado, Pedro se levantó en medio de sus hermanos y espuso la necesidad de llenarlo, escogiendo un nuevo compañero entre los discípulos que habian seguido constantemente á Jesus durante su mision terrestre y habian sido testigos de su resurreccion. Propusieron, pues á José, llamado el Justo, y á Matías; y poniéndose en oracion sortearon estos dos nombres: la suerte recayó en Matías, y quedó asociado á los once.

Cuando se habian cumplido los dias de Pentecostés, y estando todos juntos en un mismo lugar, se oyó de repente un gran ruido, tal como si fuese un viento impetuoso que venia del cielo y que llenaba todo el recinto en que estaban reunidos; al mismo tiempo vieron aparecer como lenguas de fuego que se dividieron, deteniéndose sobre cada uno de ellos. Al punto quedaron todos poseidos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar distintas lenguas. Habia entonces en Jerusalem judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones que están bajo del cielo. Despues que la noticia de este suceso se hubo esparcido, se reunió un gran número de ellos, y quedaron asombrados de oír que á cada uno le hablasen en su lengua. Entonces Pedro, presentándose con los once apóstoles, levantó su voz y dijo: ¡Oh judíos! y vosotros todos los que morais en Jerusalem, estad atentos á mis palabras. Bien sabeis que Jesus de Nazareth ha sido un hombre autorizado de Dios entre vosotros, por las maravillas, por los prodigios y milagros que Dios ha hecho por su medio. Este Jesus, que se os habia entregado por orden espresa de la voluntad de Dios, *vosotros le habeis hecho morir, crucificándolo por las manos de los perversos; pero Dios lo ha resucitado librándolo de los dolores de la tumba, y nosotros somos testi-*

gos de ello. Que toda la casa de Israel sepa con certeza que *ese Jesus á quien habeis crucificado, Dios lo ha hecho el Señor y el Cristo.*" A estas solemnes y enérgicas palabras los judíos, penetrados de compuncion, exclamaron: "Hermanos, ¿qué debemos hacer nosotros?"—"Haced penitencia, replicó Pedro, y que cada uno de vosotros sea bautizado en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Salvaos de este mundo corrompido." Y él les dijo otras muchas cosas para instruirlos y exhortarlos. En aquel dia, cerca de tres mil personas se reunieron á los discípulos, cuyo número aumentó el Señor todos los dias.

Así es como los apóstoles entraban, guiados por Pedro su caudillo, en la carrera que iban á recorrer. ¿Reconoceis en estos primeros pasos al barquero de Galilea, rústico é ignorante, al hombre de poca fé y poco ánimo, que tres veces á la voz de una criada, renegó cobardemente de su Maestro? Él acaba de lanzar á las olas su nueva barca, la gobernará con vigor y serenidad en medio de las borrascas, y contando con la palabra de su Maestro, echará sus redes lleno de confianza y hará con ellas una pesca abundante.

Algunos dias despues, subiendo Pedro y Juan al templo, un hombre baldado de las piernas desde su nacimiento, y que se sentaba todos los dias cerca de la Hermosa Puerta, les pidió limosna. "Miradnos, le dijo Pedro." Despues añadió estas admirables palabras: "Yo no tengo oro, ni plata, pero lo que tengo os lo doy: En nombre de Jesucristo levantaos y andad." Tomándole al mismo tiempo por la mano derecha le ayudó á ponerse en pié, y el pobre tullido se tuvo firme en sus piernas, y saltando de gozo entró al templo santificando y alabando al Señor. Como él tenia por la mano á Pedro y á Juan, todo el pueblo, poseido de admiracion, corrió á ellos en el sitio llamado el Pórtico de Salomon. Pedro aprovechó la ocasion de predicarles la resurreccion de Jesus. "¡Israelitas! exclamó, por qué os admirais, como si por nuestra virtud ó nuestro poder hubiésemos hecho andar á este hombre? El Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hi-

jo Jesus, que vosotros habeis entregado y de quien renegásteis delante de Pilato que queria absolverlo. *Vosotros habeis desconocido al Santo y al Justo, habeis pedido la gracia de un asesino, y habeis condenado á muerte al Autor de la vida: pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de ello.* Es su poder, y la fé en su nombre, lo que ha afirmado los piés de este hombre á quien veis y á quien conocéis: es la fé que habia en él la que ha obrado esta perfecta curacion á la vista de todos vosotros. Convertios, pues, á fin de que vuestros pecados sean perdonados. Heridas del prodigio y conmovidas por este discurso, cinco mil personas se reunieron al número de los creyentes.

Sin embargo, las contradicciones que el Divino Maestro habia anunciado á sus apóstoles, no tardaron en presentarse. El capitán de las guardias del templo aprehendió á Pedro y á Juan para ponerlos en prision, y al dia siguiente los magistrados, los senadores, los doctores de la ley, el gran sacerdote y todos los de la tribu sacerdotal, se reunieron y los hicieron comparecer en su presencia. ¿Por qué poder, les preguntaron, ó en nombre de quién habeis hecho esta accion? Entonces el pescador de Galilea, inspirado del Espíritu Santo, respondió con una noble entereza y una firme seguridad: “¡Gefes del pueblo, y vosotros senadores, escuchadnos! Pues que hoy se nos pide cuenta del bien que hemos hecho á un hombre baldado, y se quiere saber en nombre de quién ha sido curado, nosotros declaramos á vosotros todos y al pueblo de Israel, que este hombre que aparece delante de vosotros, ha sido curado en el nombre de Jesucristo de Nazareth, nuestro Señor, á quien habeis crucificado y que Dios ha resucitado. Él es la piedra que vosotros que edificais habeis arrojado, y que ha venido á ser la principal piedra del ángulo: y no hay ni puede haber salvacion en ninguno otro, porque ningun otro nombre bajo del cielo ha sido dado á los hombres para salvarlos.” Cuando ellos vieron la firmeza de Pedro y de Juan, sabiendo ademas que eran hombres del

pueblo bajo y sin letras quedaron asombrados: y como veian con ellos al que habia sido curado nada podian replicar, y ellos deliberaron entre sí diciendo: “¿Qué haremos con estas gentes? porque el milagro que acaban de obrar es conocido de todos los habitantes de Jerusalem; la cosa es evidente, no podemos negarla; pero para impedir que esto no se difunda mas y mas en el pueblo, prohibámosles con amenazas de hablar mas á quien quiera que sea en nombre de Jesus.” Contra esta prohibicion injusta y de mala fé, recibieron esta animosa y sublime respuesta: “Juzgad delante de Dios si es justo obedeceros mas bien que á Dios. Por lo que es nosotros no podemos ni hablar nada de lo que hemos visto y oido.”

Los apóstoles, no obstante, rendian solemne testimonio á la resurreccion de Jesus, y hacian muchos prodigios, hasta el punto de que se esponian á los enfermos en las calles, sobre lechos ó en camillas, á fin de que cuando Pedro pasase su sombra al menos cubriese á alguno de ellos y quedasen curados de sus enfermedades. De este modo el número de los que creian en el Señor, tanto de hombres como de mujeres se multiplicaba mas y mas todos los dias.

Habiendo en una segunda ocasion el gran sacerdote y los saduceos hecho poner en prision á los apóstoles, un ángel del Señor los libertó: en el templo donde ellos enseñaban atrevidamente, fué adonde el oficial de guardias y sus oficiales se vieron obligados á ir á buscarlos para hacerles comparecer; y todavía no se atrevieron á usar de violencia con ellos temerosos de ser apedreados por el pueblo. Cuando se hubieron hallado delante del consejo, el gran sacerdote les habló en estos términos: “Os habiamos prohibido muy espresamente enseñar con aquel nombre, y he ahí que habeis llevado á Jerusalem con vuestra doctrina y quereis hacer caer sobre nosotros la sangre de ese hombre.” Pedro y los apóstoles respondieron con la misma magnanimidad y entereza que la primera vez: “Es necesario obedecer á Dios mas bien

que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, que vosotros hicisteis morir clavándolo en una cruz. En nosotros está el Espíritu Santo que Dios ha dado á todos los que le obedecen y que son testigos de lo que os decimos." A estas palabras los judíos, trasportados de cólera pensaron en hacerlos morir. Entonces fué cuando el fariseo Gamaliel, doctor de la ley, muy considerado de todo el pueblo, les dió este sabio consejo: "Cesad de perseguir á estas gentes; porque si su empresa es puramente humana ella misma se destruirá; pero si viene de Dios no podréis destruirla, y es de temer que os encontréis culpables de haber combatido contra Dios mismo." Ellos se rindieron hasta cierto punto á este consejo. Habiendo hecho azotar á los apóstoles y prohibiéndoles de nuevo hablar en manera alguna en el nombre de Jesus, los dejaron ir. Desde entonces se pudo juzgar de la impotencia de las persecuciones contra los discípulos de Cristo, y de la invencible y santa resignacion que ellos sabrían oponerles; resignacion muy diferente del orgullo insolente de los sectarios obstinados en sus perniciosos designios. Los apóstoles salieron del consejo llenos de alegría porque se les habia considerado dignos de sufrir por el nombre de Jesus, y no cesaban de anunciarlo todos los dias en el templo y en las casas.

El número de los discípulos se aumentaba mas y mas; muchos aún de los sacerdotes se convertian; y no pudiendo ya bastar los apóstoles á las funciones de su ministerio, dejaron el servicio de las mesas á siete hombres escogidos y se aplicaron enteramente á la oracion y á la predicacion. Pero los judíos no pusieron mucho tiempo en práctica los consejos tolerantes de Gamaliel: levantóse una gran persecucion contra la Iglesia de Jerusalem, y Estéban, hombre lleno de gracia y de fuerza, selló el primero con su sangre el testimonio de su fé. Se le apedreó, y durante este cruel suplicio oraba, diciendo á ejemplo de su Maestro crucificado: "Señor, no les imputeis este pecado; Señor, recibid mi espíritu." Habia

allí un jóven que guardaba los vestidos de los verdugos y consentia en la muerte de Estéban. Se le llamaba Saul: Dios tenia grandes designios sobre él.

Esta persecucion dispersó á los judíos en diversas comarcas de Judea y de Samaria: algunos se estendieron hasta la Fenicia, Chipre y Antioquía, y por todas partes anunciaban la palabra de Dios, pero solamente á los judíos: sin embargo, ellos sentian nacer dentro de sí una ambicion mas vasta. Ya en el camino de Gaza, Felipe habia bautizado á un etiope, oficial de la reina Candacia, y emprendieron predicar asimismo á los griegos la doctrina de Jesus. La hora que Dios habia fijado para la salvacion de las naciones habia llegado al fin. Constituido Pedro regulador del nuevo orden que se inauguraba, en medio de un éxtasis vió el cielo abierto y como una grande red suspendida de las cuatro puntas que descendia á la tierra llena de toda clase de animales cuadrúpedos, de pájaros y reptiles. Y oyó una voz que le dijo: "Levántate, Pedro; mata y come." "Yo no tengo cuidado porque jamas he comido nada impuro ó manchado." La voz replicó: "No llames impuro lo que Dios ha purificado." Esto se repitió hasta tres veces, y la red desapareció del cielo. Mientras que Pedro lleno de pena se afanaba por interpretar esta vision, tres hombres enviados por un *gentil*, llamado Cornelio, centurion de la legion italiana, le hicieron algunas preguntas, y el Espíritu Santo le ordenó seguirlos. Él partió con ellos dirigiéndose á Cesarea y á la casa de Cornelio que le esperaba con sus parientes y sus mas íntimos amigos.

Este punto oscuro de la historia, este hecho aislado, esta entrevista de un centurion y de un pescador, de la que no haria ningun caso un escritor irreflexivo; que desdeñaria el impío y aun el indiferente, pesaba mas, sin embargo, en los destinos del mundo, que las conquistas de Alejandro y de César; que los tratados de los reyes y las asambleas de los pueblos. Tal incidente era la señal de la revolucion mas asombrosa, mas completa que se hubiese efectuado nunca en el